

Orden, Democracia y Estabilidad. Discurso y Política en la Argentina entre 1976 y 1991, por Sebastián Barros. Córdoba, Alción Editora, 2002, 196 páginas.

Este libro de Barros resulta de una investigación de doctorado llevada adelante bajo la dirección de Ernesto Laclau. Él es el encargado de presentar el libro. Lo cual ya da señales desde dónde se va a enunciar. Desde una teoría del discurso elaborada en la Teoría de la Hegemonía (TH). Ésta es la que le provee a Barros del esquema conceptual ordenador para percibir la política argentina en el período aludido en el título. Período que incluye el tiempo más terrible de la historia reciente de la Argentina: el (auto)denominado Proceso de Reorganización Nacional (PRN).

Esta es una investigación científica que, al tratar de la historia reciente, sería laudable que exceda la exclusiva recepción de los ámbitos académicos o público especializado.

Barros ha logrado hacer aparecer el objeto de su investigación como si no fuese construida por la mirada del sujeto, tal como lo pedía Marx a toda pesquisa científica, que la exposición mostrara la lógica de las cosas. Esto pueda parecer una paradoja en un investigador que está muy lejos, por su marco conceptual que condice con el carácter estructurador de la realidad que posee el discurso, de admitir algo como lógica de las cosas. Pero lo que se quiere con ello enfatizar es que los acontecimientos, que estructuran el campo de lo político en el estudio de Barros, no aparecen nunca como datos que se hayan hecho entrar forzosamente en un marco conceptual.

El motivo del libro es mostrar las condiciones que permiten la estabilidad de la formación política argentina a partir de 1983, y su articulación en torno a la idea de institucionalidad democrática.

El autor en su análisis maneja expertamente la TH. El primer capítulo repasa conceptos de una forma clara y concisa, el lector halla allí una explicitación de las herramientas teóricas que se van a utilizar; algo así como una interesante introducción a dicha teoría. Luego, en el texto, conceptos tales como discurso, articulación, dislocación, mito, cadena de equivalencias, antagonismo, diferencia e identidad son usados solventemente para hacer aparecer la lógica de lo político.

El capítulo segundo se orienta a proveer el trasfondo histórico del período analizado. Pero eso no es sólo la narración de acontecimientos anteriores, sino que la tarea se inscribe en una lectura, desde la TH, de la formación de las identidades políticas por la inclusión de los sectores populares, a partir de los comienzos del siglo XX. La cuestión de esos años es cómo hacerlos ingresar sin que los sectores dominantes pierdan su posición. El período de inestabilidad institucional que allí se origina se prolonga hasta 1983. En 1944-5 con Perón se instaura, lo que Barros llama, una re-articulación y una polarización de los actores políticos que no permiten la estabilidad de la formación política por la imposibilidad de una hegemonía lo suficientemente fuerte como para integrar en un espacio simbólico las diversas demandas políticas. La política se basaba en una fuerte tendencia a la exclusión, lo que significa que las identidades políticas no sólo rechazaban lo exterior, tendente a hacerlo desaparecer, sino que también tenían un núcleo recalcitrante que impedía su transformación mediante una dialéctica del reconocimiento, en la que la presencia del otro es incancelable.

El capítulo tercero tematiza la dislocación que representa el PRN para el espacio político y la nueva articulación que establece alrededor de la idea de Orden, elaborada a través de dos nociones míticas: la “guerra sucia” y el “mercado libre”. El PRN rompe con la polarización peronismo-antiperonismo, e instaura las condiciones para una nueva articulación del sistema político que adquiere una cadena equivalencial en torno al rechazo del PRN. La política se estructura en una interacción política en donde lo que se excluye ya no son partes de la polaridad peronismo-antiperonismo. Con la caída del PRN, afirma Barros, la política se convierte en un espacio con la “presencia de una pluralidad de fuerzas antagónicas y la inestabilidad de las fronteras ideológicas que las separan” (p. 72).

El siguiente capítulo se ocupa de un acontecimiento que el autor considera un clivaje ordenador de la nueva hegemonía; la denuncia desde varios sectores sociales, capitalizada por Raúl Alfonsín, pre-candidato presidencial de la Unión Cívica Radical (UCR), de un pacto cívico-militar que pretendía asegurar la impunidad de los jefes del PRN y el control, en la transición, de sindicatos claves a sindicalistas de la derecha peronista. La persistencia de Alfonsín en denunciar el pacto, lo convierten en el punto nuclear del rechazo al pasado y en el soporte simbólico de una política de cambio. Alrededor de él se articula la nueva hegemonía que tiene por valor central a la democracia. El discurso alfonsinista funciona como sutura de la dislocación producida por el fracaso del PRN, y llena de contenido la transición.

El gobierno de Alfonsín se analiza en el capítulo quinto destacándose los obstáculos con que se encuentra una política de confrontación con la continuidad del pasado, representada por el sindicalismo autoritario. El

alfonsinismo no pudo disciplinar a los sindicatos e incluirlos en una parte del espacio definido por él. Ese es un fracaso clave de la práctica articuladora que, sumado a la creciente deficiencias en lo económico, deja abierto el espacio para que el peronismo comience a recuperarse de su derrota y asuma la pretensión de disputar el lugar de espacio de articulación al alfonsinismo.

El capítulo seis presenta los efectos de la mezcla explosiva que representa para la hegemonía radical el fracaso en doblegar al sindicalismo y la crisis económica. El peronismo resurge a través de un cambio en su forma de hacer política, aparece la Renovación Peronista (RP), que pretende sepultar a los líderes del partido responsables de las derrotas electorales hasta 1985. La Confederación General del Trabajo (CGT) encabeza una serie de huelgas generales que son un éxito. Esos dos actores comienzan a intentar definir un espacio de representación política que suplante a la hegemonía radical, tratando de re-definir el sentido de la democracia, que ahora necesitaba ser dotada de 'un contenido'. Dentro de la RP comienza a destacarse Menem, como uno de los dirigentes que buscan la unidad del peronismo y que recorre todo el país tratando de nacionalizar su figura como la unión de la democracia y los reclamos históricos del peronismo. Barros presenta, en este capítulo y en el siguiente, una lúcida y singular genealogía de la hegemonía menemista.

El caos económico de mediados del '89 adelanta la asunción de Menem al poder e impone la cuestión económica como la urgencia de la coyuntura. La necesidad de reforma económica, a través de una liberalización y una reducción del Estado, venía siendo enunciado por la UCR desde el '87, sin haber podido llevarla a cabo eficientemente. Barros enfatiza que es Menem quien da sentido a la dislocación por la 'crisis terminal' de la economía, y después de un año y medio de zozobras logra estabilidad económica y el consenso requerido para imponer una liberalización de la economía. El mito menemista logra una perdurable estabilidad económica y una articulación política, por un tiempo que excede el analizado por Barros, a pesar de que los resultados de su política parecían realmente contrarios a los de un gobierno peronista. Lo que hizo posible eso, afirma Barros, es que Menem no sólo articula la respuesta a la coyuntura política global, mediante una resignificación de la situación lo que conlleva una transformación profunda del país, sino que también se transforma la identidad del peronismo. En este capítulo, y en la consideración que cierran el libro, Barros insiste que el menemismo en su faz económica no es, a pesar de que eso es un lugar común en la literatura, algo insólito en la formación discursiva política argentina. Lo que hace Menem, por el contrario, se mueve en una relativa estructuralidad, que lo une con el PRN y con las postrimerías de Alfonsín.

Laclau en su presentación dice que Barros ha escrito un libro lúcido, y nosotros agregamos que tiene una vital importancia para analizar los años que siguieron al período analizado en su estudio. La lectura del libro de Barros aporta materiales para una esclarecida mirada que permite capturar

las líneas directrices del discurrir político, y los 'fracasos' económicos hasta nuestros días. Barros colige en su estudio que el menemismo no era un fenómeno pintoresco de la política argentina, sino algo que expresaba una posibilidad real del devenir social.

El libro de Barros contribuye a entender porque los argentinos hemos sido atrapados en nuestra historia; e infunde la esperanza, al desconstruir toda la serie de acontecimientos en clave de una dialéctica entre relativa estructuralidad y contingencia que se sustrae a la noción de plenitud, de escapar a la fatalidad.

Onelio Trucco
(UNVM-UFRGS)